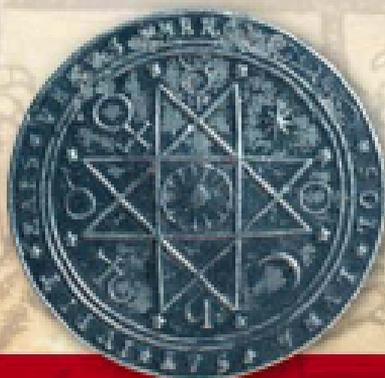


MANLY P. HALL

☉ **LAS** ☽  
**ENSEÑANZAS**  
**SECRETAS**  
**DE TODOS LOS TIEMPOS**



«Una obra imprescindible.

Uno de mis libros de referencia»

**JAVIER SIERRA,**

autor de *El ángel perdido*

MANLY P. HALL

LAS ENSEÑANZAS  
SECRETAS DE TODOS  
LOS TIEMPOS

**mr** ediciones martínez roca

*Este libro está dedicado al alma racional del mundo*

# Prefacio a la presente edición

Lo que el lector tiene en sus manos es un volumen que abarca siglos. Este libro, publicado por primera vez en 1928 por el estudioso y sabio místico Manly P. Hall (1901–1990), es, más que ningún otro previo o posterior, un compendio de las ideas y los misterios que resuenan en los símbolos, los mitos y las filosofías que han servido de guía al género humano desde que empezó a hacer esfuerzos por conocerse.

La Philosophical Research Society ([www.prs.org](http://www.prs.org)) de Los Ángeles publica *Las enseñanzas secretas de todos los tiempos* desde que Hall la fundara en 1934. En la actualidad sigue publicando la edición original y, por medio de conferencias públicas, trabajos de investigación, publicaciones y la University of Philosophical Research, mantiene su legado. Precisamente por eso, la asociación se ha aliado con Tarcher/Penguin para producir esta nueva edición de la obra clásica de Hall.

La presente edición brinda un nuevo nivel de accesibilidad al volumen magistral de Hall. Se ha vuelto a componer el texto y se ha sustituido la numeración romana de la edición original por números actuales. El original presenta cincuenta y cuatro láminas en color del ilustrador J. Augustus Knapp y más de doscientos dibujos. Esta edición incluye algunas de las mejores láminas y alrededor de un centenar de los dibujos más pertinentes.

Por lo demás, el libro no ha sufrido grandes modificaciones y, dejando aparte pequeños trozos que se han suprimido para aumentar la claridad y facilitar el uso, presenta el texto original íntegro.

Dr. Obadiah S. Harris,  
Presidente de la Philosophical Research Society  
1 de abril del 2003

# Prefacio a la edición del sexagésimo aniversario

Con ocasión del sexagésimo aniversario de este volumen, parece oportuno reflexionar sobre las circunstancias que determinaron su escritura.

La edición original se planificó y se publicó en el intervalo comprendido entre la finalización de la primera guerra mundial y la gran depresión de 1929. Durante este período, me labré una carrera breve en Wall Street, a lo largo de la cual el acontecimiento más destacado que presencié fue cómo se quitaba la vida un hombre deprimido por la pérdida de sus inversiones.

Mi fugaz contacto con las altas finanzas despertó en mí serias dudas acerca del tipo de negocios que se llevaban a cabo en aquella época. Resultaba evidente que el materialismo controlaba por completo la estructura económica, cuyo objetivo consistía, en último término, en que el individuo llegara a formar parte de un sistema que le proporcionaba seguridad económica a costa de su alma, su mente y su cuerpo.

Me sentí impelido a analizar los problemas de la humanidad, su origen y su destino y pasé muchas horas en la tranquilidad de la Biblioteca Pública de Nueva York, estudiando el devenir confuso de la civilización. Con muy pocas excepciones, los expertos actuales han restado importancia a todos los sistemas filosóficos idealistas y a los aspectos más profundos de la religión comparativa. Las traducciones de los autores clásicos a veces presentaban enormes diferencias, pero, en la mayoría de los casos, los pensamientos más nobles se suprimían o se denigraban. Los autores más sinceros y con un conocimiento profundo de las lenguas antiguas nunca se incluían como lectura obligatoria y la erudición se basaba en gran medida en la aceptación de un materialismo estéril.

Afortunadamente, como la erudición actual apenas tiene en cuenta la sabiduría del pasado, no se hacía hincapié en los textos anteriores. En consecuencia, reuní una colección bastante abundante de las obras de aquellos sabios olvidados, con cuyo empeño el mundo tiene una deuda tremenda de gratitud. Parece que mis esfuerzos fueron oportunos y las dos primeras ediciones del libro se agotaron antes de salir de la imprenta. No cabe duda de que tuvo mucha aceptación. Escrito por un joven de algo más de veinte años, lleva más de treinta ediciones y sigue siendo un *bestseller* en su campo.

Nos estamos acercando al final del siglo xx y el gran progreso materialista que hemos reverenciado durante tanto tiempo está al borde de la bancarrota. No podemos seguir creyendo que hemos venido a este mundo a acumular riquezas y a abandonarnos a los placeres mortales. Notamos los peligros y nos damos cuenta de que hemos sido explotados durante siglos. Nos dijeron que el siglo xx era el más progresista que el mundo había conocido, pero, lamentablemente, el progreso avanzó hacia la autodestrucción.

Para evitar un futuro de guerras, delincuencia y fracasos, el individuo debe comenzar a planear su propio destino y la mejor fuente para obtener la información necesaria son los escritos que nos llegan desde la Antigüedad. Hemos tratado de seleccionar los elementos más útiles y más prácticos del idealismo clásico y los hemos combinado en un solo volumen. El mayor conocimiento de todos los tiempos debe estar al alcance del siglo xx no sólo en las ediciones baratas de la Bohn Library, en caracteres diminutos y muy mal encuadernadas, sino en un libro que sea un monumento y no un mero ataúd. John Henry Nash, que ha diseñado este libro, estuvo de acuerdo conmigo.

Esperamos sinceramente que este libro llegue hasta el siglo xxi y que siga sirviendo de consulta sobre el contenido de innumerables libros y manuscritos que han sido destruidos por los estragos de las guerras. Este volumen no expone mis opiniones personales, sino que constituye un homenaje a los recuerdos y los esfuerzos de lo mejor de la humanidad. Espero que el siglo xxi traiga consigo una restauración de los sistemas de instrucción inspirada que tanto se necesitan.

Manly P. Hall  
Los Ángeles, California  
1 de octubre de 1988

# Prólogo

Tengo el honor de haber sido invitado a escribir este prólogo. Mi finalidad es exponer brevemente lo que ha supuesto para mí, a lo largo de unos cuantos años, el estudio minucioso de este volumen tan importante.

Desde los tiempos más remotos, han llegado hasta nosotros asociaciones de hombres y mujeres que, vinculados por juramentos y obligaciones, constituyen fraternidades esotéricas y dan fe de una inclinación natural a perpetuar doctrinas que conducen al bien de la humanidad.

Con el incremento de la conciencia social, estas sociedades secretas se han convertido en custodios de los conceptos culturales más elevados. Sus ritos de iniciación eran ceremonias simbólicas que servían para inspirar veneración por los misterios divinos y admiración por los poderes de la naturaleza y de Dios. La mayoría de las mitologías de las naciones clásicas fueron, en un principio, rituales de sociedades secretas y es un error suponer que las culturas primitivas aceptaban al pie de la letra la compleja teología y las leyendas que encontramos en sus tradiciones.

Desde un punto de vista histórico, las sociedades secretas se identificaban estrechamente con las religiones oficiales. Se creía que el conocimiento básico había sido otorgado por los dioses en tiempos remotos. Las filosofías esotéricas siempre se han enseñado mediante organizaciones secretas a las cuales los candidatos solo accedían después de la preparación y los ritos de iniciación correspondientes. Estas hermandades espirituales de eruditos, sabios y místicos han prosperado entre todos los pueblos, antiguos y modernos, y en todas partes del mundo.

Según el programa de los Misterios, el individuo debe ir conociendo la verdad cada vez más. Antes de que se le puedan confiar los poderes

divinos de la mente y la voluntad, tiene que aceptar el conocimiento como una responsabilidad hacia su Creador y hacia su mundo, más que como una oportunidad para mejorar sus ambiciones personales. Los maestros de los Misterios enseñaban prácticas y disciplinas secretas mediante las cuales los discípulos debidamente preparados podían desarrollar las poderosas habilidades que estaban latentes en su alma y, de este modo, establecer una comunicación consciente con las realidades espirituales.

Se consideraba que los iniciados de las sociedades filosóficas estaban dotados de facultades y poderes extraordinarios. Gozaban del favor especial de los dioses, hacían milagros y merecían el título de «nacidos dos veces», porque habían llegado a un segundo nacimiento desde el vientre de los Misterios. Aquellos adeptos filósofos eran los seres humanos realmente evolucionados. La mayoría de las artes y las ciencias que enriquecieron el mundo moderno fueron descubiertas, desarrolladas y en muchos casos perfeccionadas por estos filósofos y sacerdotes iniciados.

La erudición se consideraba lo más adecuado a lo que podía dedicar el hombre sus capacidades, aunque siempre era el medio y jamás un fin. La finalidad de las ciencias sagradas era librar al alma humana de la esclavitud de los sentidos y prepararla para recibir en su interior la luz de las grandes verdades. Algunos hombres son adecuados por naturaleza para adquirir un conocimiento superior, por la honestidad de sus motivos, la paciencia de su esfuerzo y porque no pierden de vista sus objetivos; ellos se han esforzado por mejorar el alma y han abogado por el avance iluminado por encima de cualquier otra consideración. Los que tenían opiniones diferentes se oponían a las escuelas místicas.

Era inevitable que los iniciados en los Misterios se unieran contra las fuerzas que pretendían hacerlos desaparecer, de modo que, si bien la doctrina secreta con su conjunto de discípulos actuaba de forma más o menos abierta en la sociedad antigua, posteriormente desapareció por completo de la vista del público, circunstancia que no se debe interpretar como una decadencia de su plan ni de su finalidad. Las escuelas esotéricas siguieron siendo una fuerza poderosa para la regeneración de las instituciones humanas.

Quienes no comprenden las ciencias espirituales se oponen a su utilización de símbolos, mitos y figuras insólitos para ocultar la enseñanza esencial. Conviene recordar que estas «nubes» no formaban parte de la doctrina original, sino que la intolerancia y el fanatismo las volvieron

necesarias. El uso de la comunicación indirecta dependía de consideraciones totalmente prácticas. Mantener el anonimato era la mejor manera de evitar que se repitiera el desastre de los Caballeros Templarios. Los «velos» que ocultaban los arcanos de los Misterios no se utilizaban para disimular la ignorancia, sino para proteger la sabiduría, que en Europa estuvo protegida durante un milenio.

Evidentemente, los secretos de los Misterios son metafísicos, filosóficos y esotéricos y se relacionan con procesos que tienen lugar en los campos de la psique humana durante la práctica de las disciplinas espirituales. Uno deja de ser discípulo cuando adquiere la capacidad interna adecuada para comprender la tradición esotérica. Las disciplinas, al aumentar la conciencia, proporcionan al iniciado el dominio práctico de lo aprendido y una conciencia constante del uso adecuado del conocimiento superior.

Si aquellas academias sagradas impartían solo doctrinas científicas, intelectuales, éticas o culturales algo adelantadas a su tiempo, solo podían producir eruditos; sin embargo, los iniciados de la tradición esotérica nunca fueron considerados meros intelectuales brillantes. Desde la Menfis de blancos muros hasta la rocosa Ellora, se les honraba por practicar una dimensión superior del conocimiento esencial. La historia registra el nombre de numerosas personas que vivieron en distintas épocas y en lugares diversos y manifestaron un conocimiento y unas habilidades que no se pueden explicar según los criterios actuales de erudición. No podemos pasar por alto el testimonio de hombres cultos como Pitágoras, Buda y Plotino. Muchos de los mejores miembros de nuestra raza han expresado una admiración profunda por las instituciones esotéricas que prosperaban en su propia época. No reconocer las ciencias esotéricas equivale a pasar por alto la mayor parte de lo que ha contribuido al avance y la mejora de la condición humana a lo largo de los últimos cinco mil años. Puesto que hay un orden divino de aprendizaje superior al conocimiento terrenal y que, además, está a nuestro alcance, ahora es el momento más oportuno para restablecer esta tradición sagrada.

Ser adepto es alcanzar el estado de absoluta madurez espiritual, en la medida en que esto sea posible para un miembro de la familia humana. Al adepto no le falta nada de lo necesario para vivir sabiamente y es capaz de satisfacer sus propias necesidades y de determinar el curso de sus acciones que más lo acerque a la bienaventuranza. El adepto es el precursor del estado de la humanidad en el cual esta habrá alcanzado

el pleno uso de sus facultades y sus poderes y, por consiguiente, es el individuo realmente evolucionado de nuestra especie. Por lo tanto, los iniciados —considerados de forma conjunta como ciudadanos de un imperio invisible de filósofos elegidos— son los hermanos mayores heroicos, los custodios y protectores de la humanidad; como intérpretes de los Misterios, son los verdaderos educadores e iluminadores y, como redimidos que cumplen el propósito divino, constituyen en el mundo una fuerza creativa y directriz.

La ciencia de la vida es, por ende, la ciencia suprema y el arte de vivir, la mejor de las artes. Siempre ha habido personas que han buscado la verdad dispuestas a reconocer la superioridad de lo eterno con respecto a lo temporal, que se han dedicado a dominar la vida y han perpetuado de una generación a otra el conocimiento y la aptitud que acumulaban. Este conjunto de conocimientos esenciales constituye la tradición esotérica. Las instituciones que han perpetuado esta tradición son las escuelas místicas y los graduados de estas escuelas son los adeptos.

Este volumen revela que todas las tradiciones y las leyendas del mundo, los textos religiosos y los libros sagrados y los grandes sistemas filosóficos vienen a decir lo mismo. La ambición humana puede producir tiranos, mientras que la aspiración divina producirá adeptos y este es, a mi entender, el mensaje que quiere transmitir Manly P. Hall en este libro enciclopédico. Deseo de todo corazón que esta aportación de nuestro amigo signifique tanto para la vida del lector como ha significado para la mía.

Henry L. Drake  
Vicepresidente de la  
Philosophical Research Society  
1975

# Prefacio

Se han escrito numerosos volúmenes de comentarios sobre los sistemas filosóficos secretos que existían en el mundo antiguo, pero las verdades eternas de la vida, al igual que muchos de los más grandes pensadores, por lo general han quedado envueltas en vestimentas humildes. Esta obra pretende presentar un libro digno de aquellos profetas y sabios cuyo pensamiento constituye la esencia de estas páginas. Conseguir esta fusión de belleza y verdad ha costado mucho, pero creo que el efecto que producirá el resultado en la mente del lector compensará con creces el esfuerzo.

La redacción del texto de este volumen comenzó el uno de enero de 1926 y se prolongó, de forma casi ininterrumpida, a lo largo de más de dos años. No obstante, la mayor parte de la labor de investigación se llevó a cabo con anterioridad a la escritura del manuscrito. La recopilación de material de referencia comenzó en 1921 y tres años después los planes del libro alcanzaron su forma definitiva. Para mayor claridad se han suprimido todas las notas a pie de página y las diversas citas y referencias a otros autores se han incorporado al texto en su orden lógico. La bibliografía se añade fundamentalmente para ayudar a quienes tengan interés en seleccionar —para ampliar su estudio en el futuro— los puntos más serios e importantes en relación con la filosofía y el simbolismo.

No defiendo la infalibilidad ni la originalidad de ninguna de las afirmaciones que contiene el libro. He analizado bastante los escritos fragmentarios de la Antigüedad como para darme cuenta de la insensatez de hacer declaraciones dogmáticas acerca de sus principios. El tradicionalismo es la lacra de la filosofía moderna, en particular en las escuelas

europas. Si bien muchas de las afirmaciones que figuran en este tratado pueden parecer al principio totalmente fantásticas, he procurado sinceramente evitar las especulaciones metafísicas caprichosas y, en la medida de lo posible, he intentado ofrecer una interpretación del pensamiento de los autores originales, en lugar de ceñirme rigurosamente a sus textos. Al asumir la responsabilidad tan solo por los errores que contenga este texto, espero que no se me acuse de plagio, como les ha ocurrido a casi todos los que han escrito sobre filosofía mística.

Como no tengo la intención de divulgar ninguna doctrina personal, no he tratado de tergiversar los escritos originales para que confirmen conceptos preconcebidos ni he distorsionado ninguna doctrina para tratar de allanar las diferencias irreconciliables presentes en los diversos sistemas de pensamiento religioso y filosófico.

Toda la teoría del libro se opone diametralmente al método de pensamiento moderno, porque trata temas que los sofistas del siglo xx han ridiculizado sin ambages. Su verdadera finalidad consiste en presentar a la mente del lector una hipótesis de vida totalmente inaceptable para la teología, la filosofía o la ciencia materialistas. Resulta imposible ordenar a la perfección la enorme cantidad de material abstruso contenido entre sus cubiertas, aunque, en la medida de lo posible, se han reunido los temas afines.

A pesar de la riqueza del inglés como medio de expresión, curiosamente carece de términos adecuados para transmitir premisas filosóficas abstractas. Por consiguiente, es necesario cierto conocimiento intuitivo de los significados más sutiles ocultos en grupos de palabras inadecuadas para poder comprender las enseñanzas de los Misterios de la Antigüedad.

Aunque la mayoría de las obras citadas en la bibliografía se encuentran en mi biblioteca personal, quiero expresar mi agradecimiento por la colaboración que me brindaron la Biblioteca Pública de San Francisco y la de Los Ángeles, las bibliotecas del rito escocés de San Francisco y de Los Ángeles, las bibliotecas de la Universidad de California en Berkeley y en Los Ángeles, la Biblioteca de Mecánica de San Francisco y la Biblioteca Teosófica de Krotona en Ojai, California. Asimismo, deseo expresar un reconocimiento especial por su ayuda a las siguientes personas: la señora de Max Heindel, Alice Palmer Henderson, Ernest Dawson y su equipo, John Howell, Paul Elder, Phillip Watson Hackett y John R. Ruckstell. Otras personas e instituciones me prestaron algunos libros y también se lo agradezco.

El trabajo de traducción fue lo que requirió más esfuerzo durante la investigación previa a la preparación de este volumen. Alfred Beri se encargó desinteresadamente de las traducciones necesarias del alemán, que le llevaron casi tres años, y no quiso aceptar remuneración alguna por su trabajo. El profesor Homer P. Earle tradujo del latín, el italiano, el francés y el español. Del texto en hebreo se encargó el rabino Jacob M. Alkow. Varias personas más hicieron distintas traducciones y correcciones breves.

De supervisar el trabajo de edición se encargó el doctor C. B. Rowlingson, cuya habilidad a menudo permitió poner orden en el caos literario. También merecen un reconocimiento especial los servicios prestados por Robert B. Tummonds, de la plantilla de H. S. Crocker Company, Inc., que se encargó de los problemas técnicos de encajar el texto dentro del espacio asignado. Por gran parte del encanto literario de la obra también estoy en deuda con M. M. Saxton, a quien dicté al principio todo el manuscrito y que se encargó también de preparar el índice. Gracias a los magníficos esfuerzos de J. Augustus Knapp, el ilustrador, se han obtenido una serie de láminas en color que contribuyen a embellecer y completar el texto.

La impresión del libro estuvo en manos de Frederick E. Keast, de H. S. Crocker Company, Inc., cuyo enorme interés personal por el volumen se puso de manifiesto en su afán incansable por mejorar su calidad. Gracias a la gentil colaboración del doctor John Henry Nash, el principal diseñador tipográfico del continente americano, el libro se publica en una forma única y adecuada, que pone de manifiesto lo mejor del arte del impresor. Incrementar la cantidad de láminas y también la calidad de su factura con respecto a la previsión inicial fue posible gracias a C. E. Benson, de Los Angeles Engraving Company, que se dedicó en cuerpo y alma a la producción de este volumen.

La venta de este libro con anterioridad a su publicación no tiene precedentes conocidos. La lista de suscripciones para la primera edición de quinientos cincuenta ejemplares se completó un año antes de que el manuscrito llegara a manos del impresor. La segunda edición, la del Rey Salomón, de quinientos cincuenta ejemplares, la tercera, o Teosófica, de doscientos, y la cuarta, o Rosacruz, de cien se vendieron antes de que se recibiera del impresor el volumen terminado, lo cual constituye un éxito excepcional para un producto tan ambicioso. El mérito de tan extraordinario programa de ventas corresponde a la señora Maud F. Galigher, cuyo ideal no era vender el libro en el sentido comercial

del término, sino ponerlo en manos de aquellas personas que tuvieran un interés especial en el tema que contiene. También brindaron una colaboración valiosa en tal sentido los numerosos amigos que habían asistido a mis conferencias y que, sin ninguna retribución, emprendieron y consiguieron la distribución del libro.

A modo de conclusión, el autor desea expresar su agradecimiento a cada uno de los centenares de suscriptores que, mediante su pago por anticipado, hicieron posible la publicación de este libro, porque incurrir en el gasto inmenso que suponía quedaba por completo fuera de su alcance, y quienes invirtieron en el libro no tenían ninguna garantía de su producción ni más seguridad que su fe en la integridad del autor.

Espero sinceramente que cada lector saque tanto provecho de la lectura de este libro como yo de su escritura. Los años dedicados a elaborarlo y concebirlo han supuesto mucho para mí. El trabajo de investigación me reveló una buena cantidad de grandes verdades; su escritura me descubrió las leyes del orden y la paciencia; su impresión me mostró nuevas maravillas de las artes y los oficios, y toda la iniciativa me permitió conocer a montones de amigos que de lo contrario tal vez no habría encontrado jamás. Por eso, como dice John Bunyan:

Lo he manuscrito hasta que finalmente llegó a ser  
todo lo largo y lo ancho que alcanzas a ver.

Manly P. Hall  
Los Ángeles, California  
28 de mayo de 1928

# I

## Introducción

La filosofía es la ciencia de estimar valores. La superioridad de un estado o sustancia con respecto a otro depende de la filosofía. Al asignar un puesto de fundamental importancia a lo que queda cuando se ha suprimido todo lo secundario, la filosofía se convierte en el verdadero índice de prioridad o énfasis en el campo del pensamiento especulativo. La misión de la filosofía consiste, a priori, en establecer la relación de lo manifiesto con su causa o su naturaleza suprema e invisible.

Según sir William Hamilton, «la filosofía ha sido definida [como]: la ciencia de lo divino y lo humano y de las causas que los contienen [Cicerón]; la ciencia de los efectos mediante sus causas [Hobbes]; la ciencia de las razones suficientes [Leibniz]; la ciencia de las cosas posibles, en la medida en que son posibles [Wolf]; la ciencia de lo que se deduce de forma evidente de los primeros principios [Descartes]; la ciencia de las verdades apreciables y abstractas [De Condillac]; la aplicación de la razón a sus objetos legítimos [Tennemann]; la ciencia de las relaciones entre todo conocimiento y los fines necesarios de la razón humana [Kant]; la ciencia de la forma original del ego o la parte mental [Krug]; la ciencia de las ciencias [Fichte]; la ciencia de lo absoluto [Von Schelling]; la ciencia de la indiferencia absoluta entre lo ideal y lo real [Von Schelling], o la identidad de la identidad y la no identidad [Hegel]». [Véase *Lectures on Metaphysics and Logic.*]

Por lo general, las disciplinas filosóficas se clasifican en seis ramas: la metafísica, que trata de temas abstractos como la cosmología, la teología y la naturaleza del ser; la lógica, que trata de las leyes que rigen el pensamiento racional, también llamada «la doctrina de las falacias»; la

ética, que es la ciencia de la moralidad, la responsabilidad individual y el carácter y trata fundamentalmente de determinar la naturaleza del bien; la psicología, que se dedica a la investigación y la clasificación de los tipos de fenómenos a los que se atribuye un origen mental; la epistemología, que es la ciencia que se ocupa fundamentalmente de la naturaleza del conocimiento propiamente dicho y de la cuestión de si puede existir o no de forma absoluta, y la estética, que es la ciencia de la naturaleza de la belleza, la armonía, la elegancia y la nobleza y de las reacciones que despiertan.



DEL RECUEIL DES FIGURES, GROUPES, THERMES, FONTAINES, VASES ET AUTRES ORNEMENTS DE THOMASSIN

#### PLATÓN

El verdadero nombre de Platón era Aristocles. Cuando su padre lo llevó a estudiar con Sócrates, el gran escéptico declaró que la noche anterior había soñado con un cisne blanco, lo cual presagiaba que aquel nuevo discípulo llegaría a ser uno de los iluminados del mundo. Según la tradición, el rey de Sicilia vendió al inmortal Platón como esclavo.

Para Platón, la filosofía era el mayor bien que la divinidad había concedido jamás al hombre. No obstante, en el siglo XX se ha convertido en una estructura voluminosa y compleja de conceptos arbitrarios e irreconciliables, cada uno de los cuales está corroborado, sin embargo, por una lógica prácticamente indiscutible. Los destacados teoremas de la vieja Academia, que Jámblico comparaba con el néctar y la ambrosía de los dioses, han sido tan adulterados por opiniones —Heráclito las consideraba enfermedades de la mente— que el hidromiel celestial sería totalmente irreconocible para este gran neoplatónico. Una prueba convincente de la creciente superficialidad del pensamiento científico y filosófico moderno es su persistente inclinación al materialismo. Cuando Napoleón preguntó al gran astrónomo Laplace por qué no había mencionado a Dios en su *Traité de la Mécanique Céleste*, el matemático respondió con total candidez: «Excelencia, ¡tal hipótesis no me hizo falta!».

En su tratado sobre el ateísmo, sir Francis Bacon sintetiza lacónicamente la situación de esta forma: «Un poco de filosofía inclinó la mente humana hacia el ateísmo, pero profundizar en la filosofía condujo a la mente humana a la religión». La *Metafísica* de Aristóteles comienza con las siguientes palabras: «Naturalmente, todos los hombres quieren saber».

Para satisfacer este impulso tan común, el intelecto humano, al desarrollarse, ha ido explorando los extremos del espacio imaginable en el exterior y los extremos del yo imaginable en su interior, tratando de calcular la relación entre uno y el todo, el efecto y la causa, la naturaleza y el trabajo preliminar de la naturaleza, la mente y el origen de la mente, el espíritu y la sustancia del espíritu, la ilusión y la realidad.

Dijo en una ocasión un filósofo antiguo: «Quien no sabe ni siquiera lo corriente es una bestia entre los hombres; quien conoce con precisión solo las cuestiones humanas es un hombre entre las bestias, pero quien sabe todo lo que se puede conocer mediante la energía intelectual es un dios entre los hombres». Por consiguiente, lo que determina la posición del hombre en el mundo natural es la calidad de su pensamiento. Quien deja que su mente sea esclava de sus instintos brutales no es, desde un punto de vista filosófico, superior al animal; quien posee unas facultades racionales que reflexionan sobre las cuestiones humanas es un hombre, mientras que aquel cuyo intelecto se eleva para plantearse realidades divinas ya es un semidiós, porque su ser es partícipe de la luminosidad a la cual lo ha aproximado su razón. En su elogio de la «ciencia de las ciencias», Cicerón llega a exclamar: «¡Oh, filosofía, guía de la vida, que buscas la virtud y expulsas los vicios! ¿Qué habría sido de nosotros y de los hombres de todos los tiempos sin ti? Tú has producido ciudades y has convocado a los hombres que estaban dispersos para que disfrutaran de la vida en sociedad».

En esta época, la palabra «filosofía» no significa mucho, a menos que vaya acompañada por algún calificativo. El conjunto de la filosofía se ha dividido en numerosas doctrinas más o menos antagónicas, tan preocupadas por rebatirse las falacias las unas a las otras que, lamentablemente, han descuidado cuestiones más sublimes, como el orden divino y el destino humano. La función ideal de la filosofía consiste en servir de influencia estabilizadora para el pensamiento humano. En virtud de su naturaleza intrínseca, debería impedir que el hombre estableciese códigos de conducta irracionales. Sin embargo, han sido los propios filósofos los que han frustrado los fines de la filosofía, porque han estado más en Babia que aquellas mentes sin formación a las que se supone que tienen que guiar por el camino recto y estrecho del pensamiento racional. Hacer una lista y clasificar solo las más importantes de las escuelas filosóficas reconocidas en la actualidad excede las limitaciones de espacio de este volumen. El gran campo de especulación que abarca la filosofía se entenderá mejor tras una breve consideración de algunos

de los sistemas destacados de disciplina filosófica que han influido en el mundo del pensamiento durante los últimos veintiséis siglos.

La escuela griega de filosofía comenzó con los siete pensadores inmortales que fueron los primeros a los que se concedió el apelativo de *sophos*, «sabios». Según Diógenes Laercio, se trata de Tales de Mileto, Solón de Atenas, Quilón de Lacedemonia, Pitaco de Mitilene, Bías de Priene, Cleóbulo de Lindos y Periandro de Corinto. Para Tales, el agua era el principio o elemento primordial, sobre el cual la tierra flotaba como un barco, y los terremotos eran consecuencia de las perturbaciones que se producían en aquel mar universal. Por ser Tales natural de Jonia, la escuela que perpetuó sus principios recibió el nombre de «jónica». Murió en el 546 a. de C. y le sucedió Anaximandro, al que, a su vez, sucedieron Anaxímenes, Anaxágoras y Arquelaos, con el cual acabó la escuela jónica. A diferencia de su maestro, Tales, Anaximandro manifestaba que el infinito inconmensurable e indefinible era el principio del cual nacía todo. Para Anaxímenes, el aire era el primer elemento del universo y de él estaban hechas las almas y hasta la mismísima divinidad.

Anaxágoras, cuya doctrina tiene un dejo de atomismo, sostenía que Dios era «una mente infinita y autónoma; que aquella mente divina infinita, que no estaba encerrada en ningún cuerpo, es la causa eficiente de todo, y que, a partir de la materia infinita constituida por partes similares, la mente divina que imponía el orden cuando todo estaba mezclado y confuso lo fue haciendo todo en función de su especie». Según Arquelaos, el principio de todas las cosas era doble: la mente (que era incorpórea) y el aire (que era corpóreo); el enrarecimiento y la condensación de este último producían el fuego y el agua, respectivamente. Arquelaos concebía las estrellas como placas de hierro ardiendo. Heráclito —vivió entre el 536 y el 470 a. de C. y algunas veces se lo incluye en la escuela jónica—, en su doctrina del cambio y el eterno retorno, sostenía que el fuego era el primer elemento y también el estado en el cual acabaría por reabsorberse el mundo. Consideraba que el alma del mundo era una exhalación de sus partes húmedas y declaraba que el flujo y el reflujos del mar eran provocados por el sol.

Después de Pitágoras de Samos, su fundador, la escuela itálica o pitagórica cuenta entre sus representantes más distinguidos con Empédocles, Epicarmo, Arquitas, Alcmeón, Hipaso, Filolao y Eudoxo. Para Pitágoras (580-¿500? a. de C.), la matemática era la más sagrada y exacta de todas las ciencias y todo el que quisiera estudiar con él debía estar familiarizado con la aritmética, la música, la astronomía y la geometría.

Hacia especial hincapié en la vida filosófica como requisito previo para la sabiduría. Pitágoras fue uno de los primeros maestros que crearon una comunidad en la cual todos los miembros se ayudaban mutuamente para lograr que todos alcanzaran las ciencias superiores. También introdujo la disciplina de la retrospección como esencial para el desarrollo de la mente espiritual. Se puede resumir el pitagorismo como un sistema de especulación metafísica acerca de las relaciones entre los números y los agentes causales de la existencia. Esta escuela también fue la primera en exponer la teoría de la armonía celestial o la «música de las esferas». John Reuchlin dijo acerca de Pitágoras que lo primero que enseñaba a sus discípulos era la disciplina del silencio, porque el silencio era el primer rudimento de la contemplación. En su Sofística, Aristóteles atribuye a Empédocles el descubrimiento de la retórica. Tanto Pitágoras como Empédocles aceptaban la teoría de la transmigración y este decía: «Muchacho fui y después me convertí en doncella, planta, ave y pez que nadaba en el océano inmenso». Se atribuye a Arquitas la invención del tornillo y de la grúa. Según él, el placer era una plaga, porque se oponía a la templanza de la mente, y consideraba que un hombre sin artificio era tan insólito como un pez sin huesos.

La escuela eleática fue fundada por Jenófanes (570-480 a. de C.), notorio por sus ataques contra las fábulas cosmológicas y teogónicas de Homero y Hesíodo. Jenófanes decía que Dios era «uno e incorpóreo, redondo en sustancia y figura y que no se parecía en nada al hombre; que todo lo ve y todo lo oye, pero no respira; que lo es todo, la mente y la sabiduría, que no tenía origen sino que era eterno, impasible, inmutable y racional». Jenófanes creía que todo lo que existía era eterno, que el mundo no tenía principio ni final y que todo lo que había sido generado se podía corromper. Vivió hasta una edad avanzada y dicen que enterró a sus hijos con sus propias manos. Parménides estudió con Jenófanes, aunque nunca estuvo totalmente de acuerdo con sus doctrinas. Parménides declaraba que los sentidos eran inciertos y que el único criterio de verdad era la razón. Fue el primero en afirmar que la tierra era redonda y también dividió su superficie en zonas cálidas y frías.

Meliso de Samos, perteneciente a la escuela eleática, compartía numerosas opiniones con Parménides. Para él, el universo era inamovible, porque, como ocupaba todo el espacio, no se podía mover a ningún otro lugar. Además, rechazaba la teoría del vacío en el espacio. Zenón de Elea también sostenía que no podía existir el vacío. Rechazaba la teoría del movimiento y afirmaba que había un solo Dios, que era un

ser eterno que no había sido creado. Para él, como para Jenófanes, la divinidad tenía forma esférica. Leucipo sostenía que el universo constaba de dos partes: una llena y la otra vacía. Gran cantidad de cuerpos fragmentarios diminutos descendían del infinito al vacío, donde, mediante una agitación constante, se organizaban en esferas de sustancia.

El gran Demócrito amplió, en cierto modo, la teoría atómica de Leucipo. Para él, los principios de todas las cosas eran dobles —átomos y vacío— y afirmaba que los dos son infinitos: los átomos en cantidad y el vacío en magnitud, de modo que todos los cuerpos han de estar compuestos por átomos o vacío. Los átomos tenían dos propiedades: forma y tamaño, y las dos se caracterizaban por su infinita variedad. Según Demócrito, el alma también tenía estructura atómica y se podía desintegrar, igual que el cuerpo. Creía que la mente estaba compuesta por átomos espirituales. Aristóteles sugiere que Demócrito extrajo su teoría atómica de la doctrina pitagórica de las mónadas. Entre los eleáticos figuran también Protágoras y Anaxarco.

Por ser fundamentalmente escéptico, Sócrates (469 - 399 a. de C.), el fundador de la escuela socrática, no imponía sus opiniones a los demás, sino que, mediante preguntas, hacía que cada uno expresara su propia filosofía. Según Plutarco, para Sócrates cualquier lugar era adecuado para enseñar, porque todo el mundo era una escuela de virtudes. Sostenía que el alma existía antes que el cuerpo y que, antes de entrar en él, estaba dotada de todo el conocimiento; sin embargo, al adquirir forma material se aturdiría, aunque, al conversar sobre objetos perceptibles, volvía a despertar y recuperaba el conocimiento original. A partir de estas premisas, trataba de estimular el poder del alma mediante la ironía y el razonamiento inductivo. Se dice de Sócrates que el único objeto de su filosofía era el hombre. Él mismo declaraba que la filosofía era el camino hacia la verdadera felicidad y que tenía una doble finalidad: 1) contemplar a Dios y 2) abstraer el alma de lo material.

Consideraba que los principios de todas las cosas eran tres: Dios, la materia y las ideas. Con respecto a Dios, decía: «No sé lo que es, pero sé lo que no es». Definía la materia como algo sujeto a generación y corrupción y la idea como una sustancia incorruptible: el intelecto de Dios. Para él, la sabiduría era la suma de todas las virtudes. Fueron miembros destacados de la escuela socrática Jenofonte, Esquines, Critón, Simón, Glauco, Simmias y Cebes. El profesor Zeller, el gran experto en filosofías antiguas, ha declarado hace poco que los escritos de Jenofonte en relación con Sócrates son falsos. En el estreno de *Las nubes*

*de Aristófanes*, una comedia escrita para ridiculizar las teorías de Sócrates, estuvo presente el gran escéptico en persona. Durante la representación, que lo caricaturizaba sentado en una cesta elevada, estudiando el sol, Sócrates se levantó con calma de su asiento para que los espectadores atenienses pudieran comparar sus rasgos poco atractivos con la máscara grotesca que llevaba el actor que se hacía pasar por él.

La escuela elíaca fue fundada por Fedón de Élida, un joven de familia noble que fue comprado para librarlo de la esclavitud a instancias de Sócrates y que se convirtió en su discípulo devoto. Platón admiraba tanto la mentalidad de Fedón que puso su nombre a uno de sus discursos más famosos. El sucesor de Fedón en su escuela fue Plístenes, cuyo sucesor fue Menedemo. Poco se sabe acerca de las doctrinas de la escuela elíaca. Se supone que Menedemo seguía las enseñanzas de Estilpón y la escuela de Megara. Cuando a Menedemo le pedían su opinión, respondía que él era libre, con lo que daba a entender que la mayoría de los hombres eran esclavos de sus opiniones. Parece que Menedemo tenía un temperamento algo belicoso y solía regresar de sus charlas bastante magullado. El más famoso de sus enunciados es el siguiente: «Lo que no es lo mismo se diferencia de aquello de lo que no es lo mismo». Una vez admitido esto, Menedemo continuaba: «Lo provechoso no es lo mismo que lo bueno; por consiguiente, lo bueno no es provechoso». Después de los tiempos de Menedemo, la escuela elíaca pasó a llamarse eretríaca. Sus partidarios se oponían a todos los enunciados negativos y a todas las teorías complejas y abstrusas y declaraban que solo podían ser verdaderas las doctrinas sencillas y afirmativas.

La escuela megárica fue fundada por Euclides de Megara —no hay que confundirlo con el famoso matemático—, gran admirador de Sócrates. Los atenienses aprobaron una ley que condenaba a muerte a todos los ciudadanos de Megara que fueran hallados en la ciudad de Atenas. Sin amilanarse, Euclides se ponía ropa de mujer y acudía por la noche a estudiar con Sócrates. Tras la muerte cruel de su maestro, los discípulos de Sócrates, temiendo correr la misma suerte, huyeron a Megara, donde Euclides los recibió con grandes honores. La escuela megárica aceptaba la doctrina socrática de que la virtud es sabiduría y le añadía el concepto eleático de que la bondad es la unidad absoluta y todo cambio, una ilusión de los sentidos. Euclides sostenía que no hay nada contrario al bien y, por lo tanto, el mal no existe. Cuando le preguntaban por la naturaleza de los dioses, manifestaba que desconocía su manera de ser, salvo que no les gustaban los curiosos.

A los megáricos se los incluye a veces entre los filósofos dialécticos. A Euclides (que murió en el ¿374? a. de C.) le sucedió en su escuela Eubúlides de Mileto, entre cuyos discípulos figuraban Alexinos de Elis y Apolonio Cronos. Eufanto, que vivió hasta una edad avanzada y escribió numerosas tragedias, fue uno de los seguidores más destacados de Eubúlides. Por lo general se incluye a Diodoro en la escuela megárica, porque asistía a las conferencias de Eubúlides. Cuenta la leyenda que Diodoro murió de pena por no poder responder al instante a ciertas preguntas que le formuló Estilpón, que en un tiempo fue maestro de la escuela megárica. Diodoro sostenía que nada se puede mover, porque para moverlo hay que quitarlo del lugar donde está y ponerlo en un lugar donde no está y eso es imposible, porque las cosas tienen que estar siempre en el lugar donde están.

Los cínicos fueron una escuela fundada por Antístenes de Atenas (444-¿365? a. de C.), un discípulo de Sócrates. Su doctrina se puede definir como un individualismo extremo que considera que el hombre existe solo para sí mismo y recomienda rodearlo de falta de armonía, sufrimiento y las necesidades más extremas para obligarlo a replegarse más en su propia naturaleza. Los cínicos renunciaban a todas las posesiones materiales, vivían en los alojamientos más toscos y subsistían con los alimentos más bastos y sencillos. Partiendo de la base de que los dioses no necesitan nada, los cínicos afirmaban que los que menos necesitan están más cerca de las divinidades. Cuando le preguntaban qué le aportaba una vida dedicada a la filosofía, Antístenes respondía que había aprendido a conversar consigo mismo.

A Diógenes de Sínope se lo recuerda sobre todo por el tonel en el que vivió durante muchos años junto al Metroum. Los atenienses adoraban a aquel filósofo mendigo y cuando un joven, en broma, le perforó el tonel, la ciudad le entregó uno nuevo y castigó al joven. Diógenes creía que en la vida nada se consigue adecuadamente sin la práctica. Sostenía que todo lo que hay en el mundo pertenece a los sabios y lo demostraba con el razonamiento siguiente: «Todas las cosas pertenecen a los dioses; los dioses son amigos de los sabios y los amigos comparten las cosas; luego, todas las cosas son de los sabios». Figuran entre los cínicos Mónimo de Siracusa, Onesícrito, Crates de Tebas, Metrocles, Hiparquía (esposa de Crates), Menipo de Gadara y Menedemo.

La escuela cirenaica, fundada por Aristipo de Cirene (435-¿356? a. de C.), promulgaba la doctrina del hedonismo. Tras oír hablar de la fama de Sócrates, Aristipo viajó a Atenas y se concentró en las ense-

ñanzas del gran escéptico. Sócrates, apenado por las tendencias voluptuosas y mercenarias de Aristipo, se esforzó en vano por reformar al joven. Aristipo se caracteriza por ser coherente en los principios y la práctica, porque vivía en perfecta armonía con su filosofía de que la búsqueda del placer era el principal objetivo de la vida. Las doctrinas de los cirenaicos se pueden resumir de esta manera: lo único que realmente se conoce con respecto a cualquier objeto o condición es el sentimiento que despierta en la naturaleza propia del hombre. En el ámbito de la ética, lo que despierta los sentimientos más agradables es, por consiguiente, lo que se considera el mayor bien. Las reacciones emocionales se clasifican en agradables o dulces, violentas y mezquinas. Una emoción agradable acaba en placer; una emoción violenta acaba en dolor y una emoción mezquina no acaba en nada.

Por perversión mental, algunos hombres no desean el placer. Sin embargo, el placer —sobre todo el físico— es el verdadero fin de la existencia y supera en todo sentido al disfrute mental y espiritual. Además, el placer se limita por completo al presente: el único momento es ahora. No se puede mirar al pasado sin lamentarse y no se puede enfrentar el futuro sin recelo, de modo que ninguno de los dos produce placer. El hombre no debería apenarse, porque no hay enfermedad más grave que la pena. La naturaleza permite al hombre hacer todo lo que desee; las únicas limitaciones son sus propias leyes y costumbres. El filósofo es alguien que no siente envidia, amor ni superstición y cuyos días son una prolongada sucesión de placeres. De este modo, Aristipo elevaba la complacencia al lugar más destacado entre las virtudes. Declaró, asimismo, que los filósofos eran muy distintos del resto de los mortales, porque eran los únicos que no cambiarían el orden de su vida aunque se abolieran todas las leyes humanas. Entre los filósofos destacados influidos por las doctrinas cirenaicas figuran Hegesías, Aníceris, Teodoro y Bión.

La escuela de filósofos académicos instituida por Platón (427-347 a. de C.) se dividía en tres partes principales: la Academia antigua, la media y la nueva. Entre los académicos antiguos cabe mencionar a Espeusipo, Jenócrates de Calcedonia, Polemón, Crates y Crantor de Cilicia. Arcesilao instituyó la Academia media y Carnéades fundó la nueva. El principal maestro de Platón fue Sócrates. Platón viajó mucho y fue iniciado por los egipcios en las profundidades de la filosofía hermética; también debe bastante a las doctrinas de los pitagóricos. Cicerón describe la constitución triple de la filosofía platónica, que comprende la

ética, la física y la dialéctica. Según Platón, había tres clases de bien: el bien del alma, que se expresaba a través de las virtudes; el bien del cuerpo, que se expresaba en la simetría y la resistencia de las partes, y el bien en el mundo exterior, que se expresaba a través de la posición social y el compañerismo. En el libro de Espeusipo sobre las definiciones platónicas, este gran platónico define a Dios como «un ser inmortal que vive solo por medio de Sí mismo, al que le basta Su propia bienaventuranza, la esencia eterna, causa de Su propia bondad». Según Platón, el Uno es el término más adecuado para definir lo absoluto, ya que la totalidad precede a las partes y la diversidad depende de la unidad, aunque la unidad no depende de la diversidad. Además, el Uno es antes de ser, porque ser es un atributo o condición del Uno.

La filosofía platónica se basa en el postulado de tres órdenes del ser: lo que se mueve sin inmutarse, lo que se mueve por sí mismo y lo que se mueve. Lo que es inamovible pero se mueve precede a lo que se mueve por sí mismo, que, a su vez, precede a lo que se mueve. Aquello en lo que el movimiento es inherente no se puede separar de su fuerza motriz y, por consiguiente, no se puede desintegrar. De esta naturaleza son los inmortales. Aquello a lo que se aplica movimiento desde fuera se puede separar de la fuente del principio que lo anima y, por consiguiente, está sujeto a disolución. De esta naturaleza son los seres mortales. Por encima tanto de los mortales como de los inmortales está aquella condición que se mueve constantemente y, sin embargo, permanece inmutable. Es inherente a esta constitución la capacidad de permanencia y, por consiguiente, es la permanencia divina sobre la cual todo se establece. Al ser mejor aún que el movimiento autónomo, el motor inmóvil es la categoría suprema. La disciplina platónica se basaba en la teoría de que aprender en realidad es recordar o hacer objetivo el conocimiento adquirido por el alma en un estado de existencia previo. A la entrada de la escuela platónica de la Academia se inscribían las siguientes palabras: «Prohibida la entrada a quien no sepa geometría».

Al morir Platón, sus discípulos se dividieron en dos grupos. Uno de ellos, los académicos, se siguieron reuniendo en la Academia que él había presidido; el otro, los peripatéticos, se trasladaron al Liceo bajo la dirección de Aristóteles (384-322 a. de C.). Platón reconocía a Aristóteles como su principal discípulo y, según Juan Filopón, lo llamaba «la mente de la escuela». Si Aristóteles no asistía a las charlas, Platón decía: «Falta el intelecto». Acerca del genio prodigioso de Aristóteles escribe Thomas Taylor en su introducción a *La metafísica*:

«Si tenemos en cuenta que no solo conocía muy bien todas las ciencias, como demuestran con creces sus obras, sino que ha escrito sobre casi todo lo comprendido dentro del ámbito del conocimiento humano y lo ha hecho con incomparable precisión y habilidad, no sabemos si admirar más la perspicacia o la amplitud de su mente.» Acerca de la filosofía de Aristóteles afirma el mismo autor: «La finalidad de la filosofía moral de Aristóteles es la perfección mediante las virtudes y la finalidad de su filosofía contemplativa es la unión con el principio único de todo».

Para Aristóteles, la filosofía tenía dos partes: una práctica y otra teórica. La filosofía práctica abarcaba la ética y la política, y la teórica, la física y la lógica. Para él, la metafísica era la ciencia relacionada con aquella sustancia en la que el principio de movimiento y reposo es inherente a sí misma. Para Aristóteles, el alma es lo que permite al hombre vivir, sentir y conocer; por consiguiente, le asignaba tres facultades: nutritiva, sensible e intelectual. Además, consideraba que el alma tenía un doble carácter: racional e irracional, y, en algunos casos, situaba las percepciones de los sentidos por encima de la mental. Aristóteles definía la sabiduría como la ciencia de las causas primeras. Para él, las cuatro grandes divisiones de la filosofía son la dialéctica, la física, la ética y la metafísica. Define a Dios como el primer motor, el Ser perfecto, una sustancia inmóvil, separada de lo sensible, incorpórea, sin partes e indivisible. El platonismo se basa en el razonamiento a priori y el aristotelismo, en el razonamiento a posteriori. Aristóteles enseñó a su discípulo Alejandro Magno a sentir que si un día no había hecho algo bueno, ese día no había reinado. Entre sus seguidores cabe mencionar a Teofrasto, Estratón, Licón, Aristo, Critolao y Diodoro.

Con respecto al escepticismo, tal como lo proponían Pirrón de Elis (365-275 a. de C.) y Timón, Sexto Empírico decía que el que busca debe encontrar o negar que haya encontrado o pueda encontrar o, de lo contrario, seguir buscando. Los que suponen que han encontrado la verdad se llaman dogmáticos; los que la consideran imposible de alcanzar son los académicos, y los que la siguen buscando son los escépticos. Sexto Empírico sintetiza la actitud del escepticismo con respecto a lo cognoscible con estas palabras: «Sin embargo, la base fundamental del escepticismo es que, por cada razón, existe una opuesta equivalente, lo cual nos impide ser dogmáticos». Los escépticos se oponían con firmeza a los dogmáticos y eran agnósticos en cuanto a que, para ellos, las teorías aceptadas con respecto a la divinidad se contradecían entre sí y no se podían demostrar. Los escépticos se preguntaban: «¿Cómo podemos tener un

conocimiento indudable de Dios si no conocemos su sustancia, su forma ni su lugar? Mientras los filósofos sigan manteniendo un desacuerdo irreconciliable en estos puntos, sus conclusiones no se pueden considerar indudablemente verdaderas.» Puesto que el conocimiento absoluto se consideraba inalcanzable, los escépticos decían que la finalidad de su disciplina era la siguiente: «para los dogmáticos, tranquilidad; para los impulsivos, moderación, y para los inquietos, suspensión».

La escuela estoica fue fundada por Zenón de Citio (340-265 a. de C.), discípulo de Crates, el Cínico, a partir del cual se origina esta escuela. Los sucesores de Zenón fueron Cleantes, Crisipo, Zenón de Tanis, Diógenes, Antípatro, Panecio y Posidonio. Los estoicos romanos más famosos son Epícteto y Marco Aurelio. Los estoicos eran, en esencia, panteístas, porque sostenían que, como no hay nada mejor que el mundo, el mundo es Dios. Según Zenón, la razón del mundo se difunde a través de este en forma de semilla. El estoicismo es una filosofía materialista que disfruta de la resignación voluntaria a la ley natural. Crisipo sostenía que, puesto que el bien y el mal son opuestos, ambos son necesarios, porque cada uno apoya al otro. El alma se consideraba un cuerpo distribuido en toda la forma física y sujeto, como ella, a la desintegración. Si bien algunos estoicos sostenían que la sabiduría prolongaba la existencia del alma, en realidad la inmortalidad no figura entre sus principios. Decían que el alma estaba compuesta por ocho partes: los cinco sentidos, el poder generador, el poder vocal y una octava parte, hegemónica. Definían la naturaleza como Dios mezclado con toda la sustancia del mundo. Clasificaban todas las cosas en cuerpos corpóreos o incorpóreos.

La mansedumbre caracterizaba la actitud del filósofo estoico. Mientras Diógenes estaba pronunciando un discurso contra la ira, uno de sus oyentes le escupió con desprecio a la cara. El gran estoico recibió el insulto con humildad y respondió: «No estoy enfadado, ¡pero no sé si debería estarlo o no!».

Epicuro de Samos (341-270 a. de C.) fue el fundador del epicureísmo, que se asemeja en muchos aspectos a la escuela cirenaica, aunque sus niveles éticos son más elevados. Los epicúreos también postulaban el placer como lo más deseable, pero lo concebían como un estado serio y digno, que se alcanzaba mediante la renuncia a todas las veleidades mentales y emocionales que provocan dolor y tristeza. Epicuro sostenía que, del mismo modo que las penas de la mente y el alma son más dolorosas que las del cuerpo, las alegrías de aquellas superan a las físi-

cas. Los cirenaicos afirmaban que el placer dependía de la acción o del movimiento, mientras que los epicúreos sostenían que el descanso o la inactividad también producían placer. Epicuro aceptaba la filosofía de Demócrito con respecto a la naturaleza de los átomos y basaba su física en esta teoría. El epicureísmo se puede resumir en cuatro cánones:

«1) Es imposible engañar a los sentidos, de modo que toda sensación y toda percepción de una apariencia es verdadera. 2) La opinión se basa en los sentidos y se añade a la sensación y puede ser verdadera o falsa. 3) Toda opinión que los sentidos no demuestren que está equivocada es verdadera. 4) Toda opinión que los sentidos contradigan es falsa.» Entre los epicúreos más destacados figuraban Metrodoro de Lámpsaco, Zenón de Sidón y Fedro.

Se puede definir el eclecticismo como la práctica de elegir doctrinas aparentemente irreconciliables, procedentes de escuelas antagónicas, y construir a partir de ellas un sistema filosófico compuesto que cuadre con las convicciones del propio ecléctico. El eclecticismo casi no podría considerarse sensato desde el punto de vista filosófico ni desde el lógico, porque, así como cada escuela llega a sus conclusiones mediante distintos métodos de razonamiento, el producto filosófico de fragmentos de estas escuelas debe, por fuerza, construirse a partir de los cimientos de premisas opuestas. Por consiguiente, el eclecticismo se considera el culto del profano. En el Imperio romano no se pensaba demasiado en la teoría filosófica y, por consiguiente, la mayoría de los pensadores eran eclécticos. Cicerón es un ejemplo excepcional del eclecticismo original, porque sus escritos son un verdadero popurrí de fragmentos inestimables de escuelas de pensamiento anteriores. Parece que el eclecticismo se inició cuando el hombre empezó a dudar de la posibilidad de descubrir la verdad suprema. Al ver que, en el mejor de los casos, todo lo que llamamos conocimiento no son más que opiniones, los menos estudiosos llegaron a la conclusión de que lo más sensato era aceptar lo que parecía más razonable de las enseñanzas de cualquier escuela o individuo. Sin embargo, de esta práctica surgió una falsa amplitud de miras, desprovista del elemento de precisión que tienen que tener la lógica y la filosofía auténticas.

La escuela neopitagórica surgió en Alejandría durante el siglo I de la era cristiana. Solo dos nombres destacan en relación con ella: Apolonio de Tiana y Moderato de Gades. El neopitagorismo es un eslabón entre las filosofías paganas más antiguas y el neoplatonismo. Al igual que aquellas, contenía numerosos elementos exactos de pensamiento derivados

de Pitágoras y Platón y, al igual que el segundo, hacía hincapié en la especulación metafísica y el ascetismo. Varios autores han observado una semejanza notable entre el neopitagorismo y las doctrinas de los esenios. Se ponía especial énfasis en el misterio de los números y es posible que los neopitagóricos tuvieran un conocimiento mucho más amplio de las verdaderas enseñanzas de Pitágoras del que está disponible en la actualidad. Incluso en el siglo I, a Pitágoras se lo consideraba más un dios que un ser humano y, aparentemente, se recurrió a reinstaurar su filosofía con la esperanza de que su nombre despertara interés por los sistemas de aprendizaje más profundos. Sin embargo, la filosofía griega había pasado el apogeo de su esplendor y el grueso de la humanidad estaba abriendo los ojos a la importancia de la vida física y los fenómenos físicos. El énfasis en los asuntos terrenales que empezó a imponerse posteriormente alcanzó su madurez de expresión en el materialismo y el comercialismo del siglo XX, aunque tuvo que intervenir el neoplatonismo y tuvieron que pasar muchos siglos antes de que este énfasis adquiriese forma definida.

Si bien durante mucho tiempo se consideró fundador del neoplatonismo a Amonio Sacas, en realidad la escuela comenzó con Plotino (204-¿269? d. de C.). Entre los neoplatónicos de Alejandría, Siria, Roma y Atenas destacan Porfirio, Jámblico, Salustio, el emperador Juliano, Plutarco y Proclo. El neoplatonismo fue el esfuerzo supremo del paganismo decadente por hacer pública —y, de este modo, preservar para la posteridad— su doctrina secreta (o no escrita). En sus enseñanzas, el idealismo antiguo alcanzaba la máxima perfección. El neoplatonismo se interesaba de forma casi exclusiva por los problemas de la metafísica más elevada. Reconocía la existencia de una doctrina secreta e importantísima que, desde la época de las civilizaciones más primitivas, se ocultaba en los rituales, los símbolos y las alegorías de las religiones y las filosofías. Para quien no esté familiarizado con sus principios fundamentales, el neoplatonismo puede parecer un montón de especulaciones en las que se intercalan fantasías extravagantes. No obstante, esta opinión pasa por alto las instituciones de los Misterios: las escuelas secretas en cuyo profundo idealismo se iniciaron casi todos los primeros filósofos de la Antigüedad.

Cuando se derrumbó el cuerpo físico del pensamiento pagano, se intentó resucitar su forma insuflándole nueva vida, es decir, dando a conocer sus verdades místicas, un esfuerzo que, aparentemente, no obtuvo ningún resultado. Sin embargo, a pesar del antagonismo entre el cristianismo impoluto y el neoplatonismo, aquel aceptó muchos princi-



DE UN GRABADO ANTIGUO, POR CORTESÍA DE CARL OSCAR BORG

### EL ESQUEMA PTOLEMAICO DEL UNIVERSO

Al ridiculizar el sistema geocéntrico de astronomía expuesto por Claudio Ptolomeo, los astrónomos modernos han pasado por alto la clave filosófica del sistema ptolemaico. El universo de Ptolomeo es un diagrama que representa las relaciones que existen entre las diversas partes divinas y elementales de cada criatura y no tiene nada que ver con la astronomía, como se entiende esta ciencia en la actualidad. En la figura, llaman especialmente la atención los tres círculos de zodiacos que rodean las órbitas de los planetas. Estos zodiacos representan la triple constitución espiritual del universo. Las órbitas de los planetas son los gobernadores del mundo y las cuatro esferas elementales que hay en el centro representan la constitución física tanto del hombre como del universo. El esquema ptolemaico del universo no es más que un corte transversal del aura universal, y los planetas y los elementos a los que hace referencia no guardan ninguna relación con los que reconocen los astrónomos modernos.

pios básicos de este y los intercaló en el tejido de la filosofía patristica. En síntesis, el neoplatonismo es un código filosófico según el cual todo cuerpo físico o concreto de doctrina no es más que el caparazón de una verdad espiritual a la que se puede acceder a través de la meditación y determinados ejercicios de tipo místico. En comparación con las verdades espirituales esotéricas que contienen, se daba relativamente poco valor a los elementos corpóreos de la religión y la filosofía y tampoco se hacía hincapié en las ciencias materiales.

Se utiliza el término «patristica» para designar la filosofía de los Padres de la Iglesia cristiana primitiva. La filosofía patristica se divide en general en dos épocas: la prenicena y la posnicena. El período prenicen-

no se dedicó, en general, a atacar el paganismo y a las apologías y defensas del cristianismo. Se atacó toda la estructura de la filosofía pagana y los dictados de la fe se elevaron por encima de los de la razón. En algunos casos se intentó conciliar las verdades evidentes del paganismo con la revelación cristiana. Entre los padres prenicenos destacan san Ireneo, san Clemente de Alejandría y san Justino Mártir. En el período posniceno se hizo más hincapié en la evolución de la filosofía cristiana siguiendo las líneas platónicas y neoplatónicas, lo que trajo como consecuencia la aparición de numerosos documentos extraños de carácter ambiguo, prolongados e intrincados, y, en su mayoría, con una base filosófica poco sólida. Entre los filósofos posnicenos figuran Atanasio, Gregorio de Nisa y Cirilo de Alejandría. La escuela patrística se caracteriza por hacer hincapié en la supremacía del hombre en el universo. Se consideraba al hombre una creación aparte y divina: el logro máximo de la divinidad y una excepción al protectorado de la ley natural. La patrística no concebía que existiera ninguna otra criatura tan noble, tan afortunada ni tan capaz como el hombre, para cuyo exclusivo beneficio y edificación se habían creado todos los reinos de la naturaleza.

La filosofía patrística culminó con el agustinismo, que se puede definir como un platonismo cristiano. En oposición a la doctrina pelágica, según la cual el hombre es artífice de su propia salvación, el agustinismo elevó a la Iglesia y sus dogmas a una posición de infalibilidad absoluta que logró mantener hasta la Reforma. En la última parte del siglo I de la era cristiana surgió el gnosticismo, un sistema de emanacionismo que interpreta el cristianismo en función de la metafísica griega, la egipcia y la persa. Prácticamente toda la información que existe sobre los gnósticos y sus doctrinas, estigmatizadas como heréticas por los Padres de la Iglesia prenicenos, deriva de las acusaciones lanzadas contra ellos y en particular de los escritos de san Ireneo. En el siglo III apareció el maniqueísmo, un sistema dualista de origen persa, que enseñaba que el Bien y el Mal competían constantemente por la supremacía universal. El maniqueísmo concibe a Cristo como el Principio del Dios redentor, en contraposición al Jesús hombre, que se consideraba una personalidad malvada.

La muerte de Boecio, en el siglo VI, supuso el final de la escuela filosófica de la antigua Grecia. En el siglo IX surgió la escuela nueva del escolasticismo, que pretendía conciliar la filosofía con la teología. El eclecticismo de Juan de Salisbury, el misticismo de Bernardo de Clara-val y san Buenaventura, el racionalismo de Pedro Abelardo y el misti-

cismo panteísta de Meister Eckhart representan las principales divisiones de la escuela escolástica. Entre los aristotélicos árabes figuraban Avicena y Averroes. El escolasticismo alcanzó su cenit con la llegada de san Alberto Magno y su ilustre discípulo, santo Tomás de Aquino. El tomismo (la filosofía de santo Tomás de Aquino, algunas veces considerado el Aristóteles cristiano) trató de conciliar las diversas facciones de la escuela escolástica. El tomismo era fundamentalmente aristotélico, a lo que se añadía el concepto de que la fe es una proyección de la razón.

El escotismo, o la doctrina del voluntarismo promulgada por Juan Duns Escoto, un escolástico franciscano, destacaba el poder y la eficacia de la voluntad individual, en oposición al tomismo. La característica más destacada del escolasticismo era su esfuerzo frenético por formular todo el pensamiento europeo según el modelo aristotélico, hasta llegar al punto de rebajar el papel de los maestros, que seleccionaban con tanto cuidado las palabras de Aristóteles que no dejaron más que los huesos. Contra esta escuela decadente de verborrea sin sentido dirigió su amarga ironía sir Francis Bacon y la relegó a la fosa común de las nociones descartadas.

El razonamiento baconiano o inductivo (según el cual a los hechos se llega mediante la observación y se los verifica mediante la experimentación) preparó el camino para las escuelas de la ciencia moderna. El continuador de Bacon fue Thomas Hobbes —fue su secretario durante un tiempo—, que sostenía que la matemática era la única ciencia exacta y consideraba al pensamiento un proceso esencialmente matemático. Para Hobbes, la materia era la única realidad y la investigación científica se limitaba al estudio de los cuerpos, los fenómenos en relación con sus causas probables y las consecuencias que surgen de ellos en cualquier variedad de circunstancias. Hobbes hacía especial hincapié en el significado de las palabras y, según él, el entendimiento era la facultad de percibir la relación entre las palabras y los objetos que representan.

Tras apartarse de la escuela escolástica y la teológica, la filosofía moderna, o postreforma, experimentó un crecimiento de lo más prolífico a lo largo de diversas líneas. Según el humanismo, el hombre es el centro de todo; para el racionalismo, la facultad de razonar es la base de todo conocimiento; la filosofía política sostiene que el hombre debe ser consciente de sus privilegios naturales, sociales y nacionales; para el empirismo, solo es verdadero lo que se puede demostrar mediante experimentos o la experiencia; el moralismo destaca la necesidad de una conducta recta como principio filosófico fundamental; el idealismo con-

sidera que las realidades del universo van más allá de lo físico: son mentales o psíquicas; el realismo opina lo contrario, y el fenomenalismo restringe el conocimiento a hechos o acontecimientos que se pueden describir o explicar de forma científica. Las corrientes más recientes en el campo del pensamiento filosófico son el conductismo y el neorrealismo: el primero valora las características intrínsecas mediante un análisis de la conducta y el segundo se puede resumir como la extinción absoluta del idealismo.

El notable filósofo holandés Baruch Spinoza concebía a Dios como una sustancia que existe exclusivamente por sí misma y que no necesita ninguna otra concepción —aparte de ella misma— para volverse completa e inteligible. Según Spinoza, la única manera de conocer la naturaleza de este Ser es a través de sus atributos, que son la extensión y el pensamiento, que se combinan para formar una variedad infinita de aspectos o modos. La mente del hombre es uno de los modos del pensamiento infinito y el cuerpo del hombre es uno de los modos de la extensión infinita. Gracias a la razón, el hombre se puede elevar por encima del mundo ilusorio de los sentidos y encontrar el reposo eterno en la unión perfecta con la Esencia Divina. Se ha dicho que Spinoza privaba a Dios de toda personalidad y convertía a la divinidad en sinónimo del universo.

La filosofía alemana comenzó con Gottfried Wilhelm von Leibniz, cuyas teorías están impregnadas de optimismo e idealismo. Sus criterios de la razón suficiente le revelaron la insuficiencia de la teoría cartesiana de la extensión, por lo cual llegó a la conclusión de que la sustancia en sí contenía una fuerza inherente en forma de una cantidad incalculable de unidades distintas y suficientes. La materia reducida a sus partículas fundamentales deja de existir como cuerpo sustancial y se resuelve en una masa de ideas inmateriales o unidades metafísicas de fuerza, que Leibniz llamaba «mónadas»; es decir, que el universo está compuesto por una cantidad infinita de seres monádicos independientes que se desarrollan espontáneamente mediante la objetivación de cualidades activas innatas. Todas las cosas se conciben como compuestas por mónadas únicas de diversas magnitudes o por la suma de estos cuerpos, que pueden existir en forma de sustancias físicas, emocionales, mentales o espirituales. Dios es la primera mónada y la más grande; el espíritu humano es una mónada despierta, en contraposición a los reinos inferiores, regidos por fuerzas monádicas que están semidormidas.

*Las enseñanzas secretas de todos los tiempos*

Manly P. Hall

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *The Secret Teachings of All Ages*

© del diseño de la portada, Pedro Viejo, Departamento de Diseño, División Editorial del Grupo Planeta

© de las imágenes de la portada, Charmet/Bridgeman Art Library

© de la traducción, Alejandra Devoto, 2011

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2011

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

De conformidad con las indagaciones efectuadas por ediciones Martínez Roca, la obra *Las enseñanzas secretas de todos los tiempos*, de Manly P. Hall, en su versión original en lengua inglesa, se encuentra en dominio público. No obstante, en el caso de que haya algún heredero o titular que acredite derechos vigentes sobre la citada obra, ediciones Martínez Roca queda a su disposición para una eventual cesión de derechos, una vez verificada dicha titularidad

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2011

ISBN: 978-84-270-3796-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)